

política cultural. Los conciertos «pop» mueren porque se pretenden mantener abierto el abismo entre lo popular y lo «culto», siendo esto último diversión palaciega, y lo primero, algo peligroso que debe permanecer oculto, y cuya difusión es necesario frenar por todos los medios. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

## TELEVISION

### La libertad de Esopo

Algunas palabras, algunos conceptos poco usuales en un medio tan opaco como es Televisión Española, vinieron a sorprendernos en la noche del lunes 16; como, por ejemplo, la burla de los que creen que un pueblo, o un individuo, no están nunca (no están «aún»: un aún que equivale a un jamás) maduro para la libertad. Se emitió una versión de «La zorra y las uvas», del brasileño Guilherme Figueiredo. Una parábola —o una fábula— en torno a la figura de Esopo. El esclavo que quiere, ante todo, la libertad. Puede sacrificar a ella la fortuna, la fama, la gloria —la mujer que le ama lleva el nombre de Cleia: Gloria—; puede sacrificar la vida. Puede, en el último extremo, perder la vida con tal de llamarse libre: situado ante la elección de declararse esclavo, y quedar así libre del castigo por un delito que le imputan (sólo el dueño puede castigar al esclavo), o mostrarse como ciudadano libre y serle aplicada la pena de muerte, elige la muerte de un ser libre antes que la vida de un esclavo.

Terrible casuística. Quizá va más allá de lo que el mismo autor ha previsto: suele ocurrir cuando se extreman los

casos. Puede reflexionarse acerca de si la libertad no será una trampa. La frase siempre mal citada que Lenin dijo a nuestro Don Fernando de los Ríos, apasionado teórico del socialismo, plantea ya la duda: «Libertad, ¿para qué?». A partir del propio escándalo de Don Fernando, tan maravillosamente idealista, la

obra escrita por Figueiredo. Lo que hay enteramente en ella es esta situación de una sociedad injusta en la que el esclavo inteligente llega a dar su vida por ser libre. Una importante reflexión para nuestro inmediato.

La obra fue extrañamente bien creada. Luis María Güell fue su



«La zorra y las uvas».

frase no ha dejado de ser citada siempre en contra de quien la dijo, que estaba indicando precisamente lo contrario: es decir, de cómo la libertad puede convertirse en una cárcel.

Esopo, obsesionado con la única idea de la libertad, estoico y despectivo para todo lo que no fuese ella, vive prisionero de esa obsesión. Los actos que podría realizar dentro de la libertad para sí mismo los rechaza por conseguir la libertad ante los demás: para exhibir su libertad. Para enseñar la tableta que su amo —el filósofo estúpido— ha escrito concediéndole la libertad. ¿Vale la vida la libertad que depende del capricho de una persona? ¿Vale algo una libertad no ganada, no luchada, sino otorgada?

Todo esto traspasa la intención, transverbera

excelente intérprete y director; Charo López, Charo Soriano, José María Prada, Carlos Mela, Ricardo Tundidor, José María Santos, Joaquín Gómez y Alfonso Zambrano, muy buenos intérpretes. Se ve a la cámara muchas veces gozar reflejando la belleza de Charo López. ■ H.

## TEATRO

### Puerto Rico: Una confrontación teatral

La I Muestra Internacional de Puerto Rico, celebrada hace un par

de años, constituyó un fenómeno político-cultural de gran importancia. La presencia de varios grupos latinoamericanos, de dos grupos españoles y de un grupo africano, supuso, en el cuadro de la realidad puertorriqueña, la posibilidad de una confrontación y de un debate que incidían claramente sobre los complejos procesos del país.

Ahora, Luis Molina, el director de la I Muestra, ha querido, en atención a lo anterior, poner en marcha una II Muestra, con la participación del Teatro Popular de Bogotá (Colombia), el Teatro de Arte Infantil y Juvenil de Venezuela, el Moderno Teatro de Muñecos de Costa Rica, La Cuadra, de España, y algún que otro grupo finalmente ausente por razones de carácter político. Y me refiero sobre todo a Los Cuatro de Chile, con residencia en Caracas, a quienes se negaron las imprescindibles visas para poder presentar en San Juan su Recital Neruda.

Varios grupos puertorriqueños completan un programa bastante más modesto que el de la I Muestra, pero asentado en la misma voluntad. Y, por supuesto, sometido a la misma mezcla de celos, agresivas indiferencias, ataques directos y algún que otro apoyo tangencial, cuyo sentido último tal vez encontraríamos en el actual cuadro político de la sociedad puertorriqueña. Un cuadro bastante enrarecido por la gran crisis económica norteamericana y por un sentimiento de frustración —el final del optimismo— del «desarrollo» que, salvo en los grupos claramente politizados, aún no ha encontrado el necesario análisis.

Es sintomático, en este sentido, el interés de ciertos estamentos rectores por «cargar todas las culpas» a los movimientos obreros, cuyas reivindicaciones y huelgas orienta y apoya cada vez más el Partido Socialista Puertorriqueño.

Pienso que no tendría

demasiado sentido por menorizar ante los lectores españoles el desarrollo de la Muestra, pese a que la presencia de «Los palos», con largos debates al término de cada representación, establece una interesante vinculación entre el trabajo de uno de nuestros grupos independientes y los intereses del espectador puertorriqueño. Vinculación quizá nueva después de tantos años en los que el teatro español estuvo ausente o se vio representado por obras de Alfonso Paso y otros autores de la misma cuerda.

Especialmente importante era la presencia de «El caso Panamá», del Teatro Popular de Bogotá. Basada en el estudio de los documentos de la época, la obra, conformada por un estilo farsesco, intenta explicar no sólo las maniobras norteamericanas —sus intereses en relación con el canal— para «inventarse» el país, sino también las complicidades que encontró en el Parlamento colombiano. Representada durante meses en Bogotá, convertida ya en una obra clave del teatro crítico y político de aquel país, no han faltado en San Juan los ataques directos al trabajo de los colombianos «por su falta de patriotismo», y hasta casi la solicitud de que los detuvieran o poco menos al regresar a su tierra. Ataques de un carácter tan reaccionario —los que denuncian los abusos de USA o del Gobierno colombiano de la época son calificados de «enemigos de la democracia», que prueban hasta qué punto el progreso del PSP obliga a remozar los conocidos argumentos de la caza de brujas.

En cuanto a los espectáculos para niños previstos por Luis Molina, el de mayor interés ha sido «Los caballitos rebeldes», del uruguayo Mauricio Rosencof, escritor comprometido con el movimiento tupamaro, de cuyo encarcelamiento y tortura se cuentan las cosas más dolorosas. Presentado

por un grupo venezolano —en el que trabajan los dos actores de Tábaro que se quedaron en Caracas a raíz de la gira americana de «Castañuela» y «El retabillito de Don Cristóbal», se trata de un trabajo lleno de imaginación, de frescura y, también, de equilibrada modestia. El sentido didáctico de la historia —la rebelión de los «caballitos» de un tióvivo— jamás se superpone a la claridad, al humor y a la coherencia de la comedia... Aunque la biografía de Rosencof haya determinado las consabidas suspicacias.

Respecto a «Los palos», sólo quiero decir que las críticas han confirmado lo que leímos en Nancy y en París. Con la particularidad de que en esta ocasión han surgido de la confrontación del trabajo con un público bastante más llano y menos «teatralizado» que el francés. Lo que supone, me parece, que la evolución estética de La Cuadra registrada en el segundo espectáculo no la aparte de la comunicación con el gran público.

Finalmente, del teatro puertorriqueño habría que señalar su decidido carácter comprometido. «La Madre», de Bertolt Brecht; «Cruce sobre el Niágara», de Alonso Alegría, y «La noche de los asesinos», de José Triane, son algunos de los títulos que hemos visto, en su mayoría adaptados a la vida puertorriqueña y a la interpretación ideológica que de ella hace la izquierda del país.

Se dice que después de esta II Muestra, la tercera habrá de ser más importante y aceptar definitivamente su función en el proceso «revelador» de la identidad puertorriqueña. Si fuera así, Luis Molina —cuyo original español esgrimen a voces sus enemigos para «rebajar» sus intenciones— se habría salido con la suya y habría hecho, frente al «espíritu de tertulia» de ciertos intelectuales puertorriqueños, un gran servicio al país y al teatro. ■ **JOSE MONLEON.**